

júbilo con que veríamos aquí la presencia de Marañón, de Menéndez Pidal, de Jiménez de Asúa, de Ortega y Gasset, pues no perdemos la esperanza de que nos traigan su más auténtico mensaje.

Nuestra conversación concluye cuando pregunto al señor Domingo cuál es el libro que está preparando, y me contesta:

—Por cierto que en estos días estoy corrigiendo las últimas cuartillas. Se trata de mis impresiones sobre la guerra española vista desde fuera y durante la cruzada que he emprendido por Francia y por los Estados Unidos, y he tenido que agregar un capítulo que se refiere a México, porque cuando ya lo tenía terminado aún no pensaba venir a este país.

# JOSE PILSUDSKI

## REVOLUCIONARIO, SOLDADO Y ESTADISTA

P o r R E N E M A R C H A N D

(Continúa)

CIERTAMENTE acababa de llegar de un viaje poco común: venía de la prisión de Magdeburgo. Pero muchos otros hombres, por esta época, volvían también de los campos de concentración. Así, pues, si bien se mira, nada hasta aquí que no fuese completamente vulgar. Y, sin embargo, ocurrió entonces un hecho inaudito: en unos cuantos días, sin esfuerzo de parte de este hombre, sin presión ninguna, sin violencia, sin la menor constricción, he aquí que se le nombra dictador. Al emplear esta palabra, no hago más que traducir hoy, como historiador, un fenómeno que yo no sabría calificar de otra manera. Pues este hombre dictó leyes que fueron ampliamente acatadas; dió órdenes que fueron ejecutadas ciegamente de grado o por fuerza; nombró funcionarios civiles y militares. ¿Lo hizo bien? ¿Lo hizo mal? No es éste el problema. El hecho histórico es que en tal momento todo se hallaba sujeto a su voluntad, a sus decisiones, a sus cálculos, fuesen buenos o malos. Pasiva o activamente, de grado o por fuerza, millones de hombres se inclinaron ante él y le llevaron al poder. ¿Por qué precisamente a él y no a otro hombre? ¿De qué dependía y cómo explicarnos que este hombre que sólo más tarde había de ser conocido por la historia, estuviese investido entonces de esos supremos poderes? ¿Cómo pudieron otorgársele de una manera tan contraria a la razón, al buen sentido, a la lógica? ¿Cómo explicarnos este “dictador” de Polonia que no debía sus poderes ni a la violencia ni a la agitación, ni a una popularidad adquirida por

medio de una actitud cualquiera? La única razón para que este hombre haya sido aclamado, la única para que todos se inclinasen ante su extraordinario éxito, la única que le daba un derecho moral para ocupar tan elevada posición era que portaba este uniforme, que había sido jefe de la Primera Brigada y que volvía de la prisión de Magdeburgo. Con razón o sin ella, en estos días en que daba sus primeros pasos, Polonia había escogido como símbolo un uniforme gris raído y gastado en las cárceles de Prusia.

“Y este hecho sin precedente, absolutamente extraordinario, habíase producido en una nación que en época anterior había tenido que purgar su tendencia anárquica, su impotencia, su indisciplina y que, hasta su derrumbamiento, se había dejado guiar por el egoísmo y por su incapacidad de soportar una autoridad cualquiera. Me siento orgulloso, no sólo de haber sido objeto de semejante honor, sino también principalmente, orgulloso de mi país”.

Desgraciadamente, estos primeros pasos la nación polaca no dejó de darlos sin graves tropiezos; y todavía en medio de la lucha, y cuando las hostilidades de la guerra mundial habían cesado ya, Pilsudski tuvo que asentar penosamente su Gobierno sobre las ruinas amontonadas por la guerra y conquistar para su patria, entonces también, las fronteras del país, así del lado alemán y checoslovaco como del lado ruso y ucraniano, en donde estos límites no llegarían a ser definitivos, sino hasta el año de 1920, después de la victoria tan duramente lograda sobre los bolcheviques.

En esta fecha terminó por fin la lucha sangrien-

ta y se logró entonces el advenimiento de la paz que Pilsudski, el 18 de octubre de 1920, había de saludar en una memorable "orden del día", digna de ser conservada por la historia.

"Soldados!, dos años largos, los primeros de la Polonia libre, acabáis de consagrar a duros y sangrientos combates. Habéis conseguido terminar la guerra con espléndidas victorias y el enemigo despedazado por vosotros se ha visto obligado, por fin, a firmar los preliminares de una paz tan ardentemente deseada".

"Soldados!, no en vano habéis sufrido tanto. La nueva Polonia indudablemente debe su existencia a las soberbias victorias de las potencias occidentales sobre las potencias de la rapiña. Pero apenas la nación había surgido a la vida, cuando ya manos ávidas tendían hacia ella y trataban de mantenerla en un estado de impotencia que podía convertirla en juguete de los otros países, en teatro de las intrigas del mundo entero. La nación polaca tomó las armas y con gigantesco esfuerzo creó un ejército numeroso y temible. A mí como general en jefe, y a vosotros como defensores de la patria, la nación ha confiado la pesada tarea de asegurar la existencia de Polonia, de conquistarle la estima y el respeto del mundo, y de ponerla en plena posesión de su destino".

"Nuestra tarea toca a su fin y no ha sido fácil, por cierto. Arruinada por las hostilidades que, muy a su pesar, se desarrollaron dentro de su territorio, Polonia se encontraba hundida en la indigencia. Soldados, más de una vez yo he sentido asomar una lágrima a mis ojos, al mirar en vuestras filas hombres heridos y descalzos que acababan de cubrir enormes recorridos; al ver los lamentables harapos de que os hallábais cubiertos y al sentirme con la obligación de desentenderme de vuestros pobres equipos y de lanzaros, una vez más, hambrientos y transidos de frío, a nuevos combates sangrientos".

"Nuestra tarea era abrumadora; pero la mejor prueba de que ha sido concienzudamente cumplida nos la dan los millares de ruinas diseminadas a través de los territorios de la antigua república, desde el Dnieper hasta el Vístula de nuestros hogares".

"Soldados!, por vuestro trabajo y vuestra fuerza de resistencia, por vuestra audacia y vuestra bravura, os doy las gracias en nombre de la nación y de nuestra patria entera".

"El soldado que ningún sacrificio ha omitido por Polonia, no quedará sin recompensa. La patria agradecida no le olvidará. Enormes extensiones de tierra han sido conquistadas, destrozadas otras, casi transformadas en áridos desiertos por

la guerra. Yo he propuesto ya al Gobierno que una parte de estas tierras sea entregada en propiedad a quienes la han conquistado y fecundado con sudor y sangre. Estas tierras cansadas de ser abrevadas con la sangre de la guerra, esperan ahora una simiente de paz. Esperan a quienes van a transformar en arado la espada. En vuestra tarea futura, yo os deseo tantas pacíficas victorias como las logradas en vuestras acciones de guerra".

"Soldados!, vosotros habéis hecho de Polonia un país fuerte, libre, seguro de sí mismo. Enorgulleceos y estad satisfechos del deber cumplido. El país que en dos años ha logrado formar soldados como vosotros, puede tranquilamente mirar hacia el futuro. Gracias, nuevamente".

Empero, y como si el destino se hubiese complacido en sujetarla a prueba, la Polonia rediviva iba a tropezar en la paz con dificultades todavía insuperables, y a vivir horas de agonía y de incertidumbre dolorosa.

Con razón o sin ella, Pilsudski, que había sido investido espontáneamente de la dictadura, se negó entonces a conservarla y, con el deseo de ver a Polonia gobernarse por sí misma, para que llegase más pronto a la convocatoria de diputados, violentó las elecciones a la primera legislatura, por más que las circunstancias no fuesen particularmente favorables. Una vez elaborada la Constitución, Pilsudski, de una manera voluntaria, se rehusó a aceptar la Presidencia de la República, porque su autoridad quedaba restringida a un poder ejecutivo sin fuerza eficaz. Y considerando terminada su obra, desapareció en el retiro. Desde entonces, da comienzo el drama en que va a jugarse el destino de la joven nación. Desprovista de tradiciones parlamentarias, puesto que apenas volvía a encontrar su unidad perdida hacía siglo y medio, y no conociendo esa centralización administrativa que, por ejemplo, desde la revolución hace tan resistente la armadura de Francia, Polonia no podía menos que verse influenciada de la peor manera por las deplorables prácticas del parlamentarismo austriaco. Efectivamente, los antiguos territorios eran los únicos que, en relación con los demás, habían conocido por lo menos superficialmente, una vida política más evolucionada, o, para hablar con mayor exactitud, menos atrasada. De esta supervivencia la Cámara polaca no podía heredar, sin duda, más que una tendencia sistemática al debilitamiento del poder central, con olvido del hecho de que éste había llegado a ser, no ya la afirmación de un país extranjero, sino la expresión nacional del Estado polaco. Y en esta atmósfera viciada, la Cámara había de deslizarse fatalmente hacia un sistema de forcejeo

perpetuo en el que habíanse basado esencialmente las relaciones en el Gobierno de la monarquía austro-húngara. Era, pues, en cierto modo, un pasado deplorable el que resucitaba en el presente. Hasta el año de 1926, Pilsudski asiste en silencio a las luchas de los partidos dentro de un Parlamento que todo lo puede y que el jefe del Estado no tiene siquiera la facultad de aplazar; tales luchas paralizan, por decirlo así, la acción del Gobierno en una permanente inestabilidad ministerial y en medio de la sobreexcitación general de los espíritus. En su retiro voluntario, el gran patriota sufre en silencio ante el espectáculo de estas luchas estériles que llevan la marca de la más baja demagogia. Y, sin embargo, no puede olvidar que estos diputados que hoy luchan en su contra son los mismos electos por su voluntad y que se congregaron tras unas elecciones cuya legalidad había sido asegurada por funcionarios que el propio Pilsudski había nombrado, y esto sin que entonces hubiese procurado para sí mayores ventajas personales que antes. Y tomando en su mano el látigo de la sátira, Pilsudski escribe las siguientes amargas palabras, vibrantes de indignación apasionada: "Aun cuando yo estuviese en tan escasa comunión de ideas y sentimientos con la sociedad que me rodeaba, sin duda se me habían otorgado entonces poderes tan amplios como excepcionales. Cuando rememoro esos últimos años, no hallo que pueda darse encarnizamiento más terrible ni más sistemático que el odio que mis enemigos pusieron en ultrajar con sus manos y sus almas inmundas los sentimientos más sagrados, en arrojar cieno sobre mis amigos y sobre todos aquellos que se encontraban a mi lado".

"Tuve amigos que fatigados me abandonaron. Tuve colaboradores con quienes había trabajado bien o mal y que, por una razón u otra, me abandonaron también. Pero esta podredumbre espiritual caía sobre mí tan sistemática y encarnizadamente, que hoy, al reflexionar en los días pasados, me pregunto si hasta mis trajes no llegaba la injuria del lodo. Y toda esta miseria fue bautizada entonces con grandes nombres pomposos, como una obra dizque nacional. Tales hechos son raros en el mundo, por monstruosos, por inmorales, por repugnantes: en realidad no pueden brotar sino de los bajos fondos de la esclavitud en que se hallan hundidas algunas naciones".

"No quiero tomar aires trágicos; quiero solamente constatar que si Polonia en la primera fase de su renacimiento llegó a reformar la República, hasta hoy está volviendo lentamente a sus antiguas tradiciones, y que ha de necesitarse todavía

de grandes esfuerzos para llevarla a la senda de su salvación".

\* \* \*

Esta agitación insensata que, bajo el pretexto de defender las libertades democráticas, se intensificó especialmente en los medios derechistas—grandes propietarios, industriales y una parte del clero—vino a provocar al cabo el asesinato del Presidente Narutowicz, caído bajo las balas de un reaccionario fanático. Tal asesinato fue lamentado por Pilsudski con dolorosa sensibilidad.

"La banda de pícaros que se ha lanzado sobre mi honor se hallaba sedienta de sangre. Nuestro Presidente ha sido asesinado, tras motines callejeros que lo denigraban en su papel de representante de la nación, y en los que tomaban parte los mismos hombres que, en otro tiempo habían manifestado tanto odio vil y monstruoso hacia él primer representante de un Estado, libremente electo. ¿La democracia consistirá, pues, en una desenfrenada libertad para arrojar cieno sobre toda autoridad?" E inclinado sobre el cadáver del que había sido siempre para Pilsudski un gran amigo, escribe él entonces estas líneas emocionadas:

"Joven aún, partiste exiliado para un lejano país. No habías tú luchado con nosotros en tierra polaca e ignorabas las miserias de la esclavitud. La lucha no te había despojado del sentimentalismo de la juventud. No se había manchado tu alma con el fango de la servidumbre. Tú no habías tenido para qué trepar como un reptil por entre las humillaciones de la desventura con la intención de engañar a los déspotas. Tú habías conservado en tu retiro de Suiza, tus sueños de niño y tu confianza de adolescente en los hombres de buena voluntad. Y de allá volvías con los preceptos maternos: vivir, amar, trabajar. En vez del precepto de sufrir, traíais los de vivir y trabajar en el seno de una patria ya libertada de sus cadenas".

"Y caíste herido por una bala, no por esa bala enemiga que tal vez llegaste a ambicionar en tu infancia, sino por la de un compatriota tuyo a quien habías traído un evangelio de amor y de trabajo. ¿Es que te hiciste acreedor a tal muerte por tu manera de ser, o por el hecho de que no habías querido ni podido luchar contra la podredumbre de la esclavitud?"

Y sin embargo, ni este asesinato, ni los ataques que injustamente se dirigieron contra Pilsudski, lograron decidirle a salir de su retiro. Solamente vino a entrar en acción, y ésto con aquella rapi-

dez que le caracterizó siempre en las horas críticas, en el momento en que las rivalidades de los partidos y las intrigas políticas habían llegado a engendrar la anarquía en el país y a desorganizar una administración que los partidos nacionales pretendían poner en manos únicamente de sus incondicionales, en regiones como la Poznanie y la Pomerania, a tal punto que ponían en peligro la existencia misma del Estado. Sobrevino entonces, como un rayo, el sangriento golpe de Estado de mayo de 1926, en el que tomaron parte los regimientos adictos a Pilsudski y se contó también con el apoyo de las masas obreras.

Pilsudski lo llevó a cabo con repugnancia y tan sólo porque no había otra salida en la situación que no podía prolongarse más sin peligro para la unidad nacional y para la joven República. Sin embargo, inmediatamente después de los sangrientos combates de Varsovia, Pilsudski declinó de nuevo la Presidencia de la República, y no aceptó siquiera el puesto de Presidente del Consejo, contentándose con el de Ministro de la Guerra, no obstante que hasta el mismo Parlamento formado por 343 diputados, de los cuales hasta entonces solamente había contado con tres votos, le ofrecía el poder, inclinándose ahora ante el hecho realizado, en el momento en que la opinión extranjera, unánimemente anunciaba el principio de esa dictadura. ¿Incomprensible contradicción, irresolución inconcebible? Tal nos parece a primera vista. Pero en realidad Pilsudski procedía con lógica implacable para consigo mismo, pues si se había decidido a la acción violenta fue muy a su pesar e impulsado únicamente por el bienestar del Estado polaco, que constituyó el ideal de toda su vida. Profundamente respetuoso de la legalidad y, en el orden filosófico hostil a toda constricción, no se consideraba Pilsudski con derecho a substituir con su persona los poderes establecidos, rasgo característico de este ardiente revolucionario y de este pasional, rasgo que siempre, en los momentos críticos, se destaca como base de todas sus actividades. Lo que Pilsudski quiere entonces es que estos poderes se reincorporen por sí mismos, y quisiera limitar su intervención a hacer posible ese resurgimiento mediante la llegada de hombres nuevos. Por otra parte, como psicólogo profundo y de perspicacia admirable, Pilsudski consideraba impolítico forzar los acontecimientos. Comprendía muy bien, por ejemplo, que si hubiese asumido la dirección efectiva del Gobierno, habría tenido que realizar sin dilación la reforma del Estado, so pena de defraudar lo que la opinión pública esperaba. Y Pilsudski sabía que en la tremenda crisis de inflación que atravesaba por entonces Po-

lonia, con su moneda depreciada, y cuando su presupuesto tenía un déficit, esta reforma inmediata no podía constituir más que una utopía. Al propio tiempo se daba cabal cuenta de que, para ejercer el poder, era preciso cambiar enérgicamente toda la administración, pues no bastaba renovarla poco a poco: crear rápidamente un partido nuevo en el que basar su acción; en una palabra, hacer artificialmente y marcando un alto, una obra que, necesariamente, resultaría provisional y frágil, en tanto que, por el contrario, esta obra sería durable, porque iría ganando cada vez más en profundidad, si se realizase progresivamente por etapas dentro del marco legal por las vías normales.

He aquí por qué, en lugar de causar un trastorno brutal impuesto por la voluntad de un hombre, el golpe de Estado de mayo de 1926 se limitó a abrir una era de evolución, era de evolución a la cual, después de la lamentable efusión de sangre inicial, que ya no provocaría otras—cosa que la dictadura no hubiera podido evitar—debe la Polonia el haber encontrado rápidamente la estabilidad y el orden que vinieron a facilitarle su fortalecimiento y le permitieron resistir victoriosamente en la época de la crisis mundial. Esta evolución tiene en cierto modo su punto de partida en dos reformas esenciales—consecuencias directas del golpe de Estado—: el robustecimiento del ejecutivo, por el derecho acordado al Presidente para disolver la Dieta, y la obligación creada a las Cámaras de votar el presupuesto dentro de los términos establecidos, pues de esta manera los proyectos financieros del Gobierno habían de convertirse automáticamente en leyes, en el caso de sobrevenir retardos del Parlamento. Por lo demás, ha sido a partir de entonces, cuando los presupuestos han sido votados con toda regularidad, y se ha comenzado a establecer un estricto equilibrio mensual entre los ingresos y las erogaciones impuestos desde entonces a todas las administraciones, con una rigidez tal vez excesiva pero que ha permitido a Polonia dominar las dificultades casi invencibles y mantener sus divisas.

Sin embargo, el golpe de Estado no iba a poner fin a la oposición del Parlamento que habíase sometido sin duda, pero que aspiraba a tomar el desquite. Tras algunas vacilaciones comenzó otra vez a organizarse la agitación. Esta, por lo demás, encontraba un terreno favorable, pues, a la izquierda, los socialistas que habían apoyado la acción violenta de Pilsudski se sentían decepcionados de que éste no la hubiese llevado hasta la revolución. A la derecha, los nacionales-demócratas, por su parte, no podían perdonar el haber estado

sujetos y el haber tenido que doblegarse a la voluntad de un hombre que para ellos seguía siendo un revolucionario peligroso. Por lo demás, este descontento no impedía el que los partidos uno tras otro intentasen pactar, pero Pilsudski permanecía obstinadamente sordo a sus invitaciones de transacción, pues lo que buscaba no era un *modus vivendi* temporal emanado de una transacción bastarda, sino un decisivo renuevo de las prácticas parlamentarias, y de los métodos de trabajo. Así, pues, fue precisamente en este terreno donde no tardó en encenderse nuevamente la contienda. Pues, cuando después de las elecciones de 1928, los partidarios del Mariscal lograron ganar 160 curules, los partidos se sintieron en cierto modo amenazados de una manera más directa que cuando el golpe de Estado de mayo de 1926. En efecto, comprendieron claramente que la vida política de Polonia se orientaba resueltamente dentro de una nueva ruta, y que su dirección iba a escapárseles, y cesarían de depender de sus coaliciones y de sus intrigas. Entonces se organizaron rápidamente para una tenaz resistencia.

Durante dos años que habían de terminar por la disolución y las elecciones de 1930—las cuales venían a poner fin al conflicto, al dar la mayoría los pilsudskistas, los partidos no cesaron de oponer al gobierno proyectos inspirados únicamente en la idea de obstruccionar toda actividad—proyectos a veces rabiosamente demagógicos y que no tenían otro objetivo que el de paralizar su acción. En el fondo puede asegurarse que la victoria de los partidarios del Mariscal, tuvo un sentido infinitamente más amplio que el de desenlazar una lucha entre el hombre y los partidos. En mi concepto, deformaríamos su sentido si la consideráramos sólo de aquella manera, pues esa victoria vino a señalar el punto culminante de una larga oposición heredada de la lejana historia de Polonia, y que, con el nacimiento de esta última, había vuelto a surgir: la lucha entre la noción del Estado y la tradición, tan fuertemente arraigada en el seno de la antigua nobleza, de la libertad dorada, del *liberum veto*—cuando la voluntad de un solo opositor podía tener en jaque a toda una asamblea, lo que constituía una afirmación de la desmedida supremacía de los intereses individuales sobre los de la colectividad; libertad dorada de la que la Dieta de la democracia moderna, por un contrasentido temible, había recibido sin saberlo la herencia de sus antepasados de otros siglos, quienes, en una época en que Europa no conocía más poder que el absoluto, habían detentado y conservado celosamente la totalidad de la soberanía nacional, en beneficio de una sola

clase, clase sin duda privilegiada (puesto que no podía tratarse entonces de representación popular), pero lo bastante abierta, sin embargo, toda vez que representaba entonces más de una décima parte de la población.

Fué un choque entre dos grandes ideas de esencia igualmente generosa, pero entre las que había que elegir. Al consagrar la victoria de los partidarios de Pilsudski, los electores polacos hacían por fin esta elección y venían a probar que si el individualismo y el respeto a los derechos que de él se derivan siguen siendo profundamente gratos al alma popular, sus peligrosos excesos sin embargo debían ser regulados en adelante por la consciencia del Estado cuya cruel experiencia en un vasallaje casi secular le habían hecho comprender claramente esta necesidad. He aquí el origen y la significación de la poderosa corriente de opinión que en favor de Pilsudski se manifestó finalmente en el seno de la nación.

Y a partir de este momento, nos encontramos aparentemente en presencia de una situación por demás paradójica, en todo caso sin paralelo en ningún otro país, y gracias a la cual, sin embargo, Polonia debía continuar favorablemente su evolución dentro de métodos esencialmente originales, esto es, no inspirados en ninguna fórmula extranjera y, por ello, sin duda, más profundamente de acuerdo con su genio nacional.

Desde entonces, en efecto, hemos asistido al espectáculo admirable de una nación, no diremos ya gobernada—expresión que a la vez sería insuficiente e inexacta—sino sobre todo y esencialmente animada e inspirada en todas las manifestaciones importantes de actividad por la voluntad y el pensamiento de un hombre que no era ni jefe de Estado ni presidente de Consejo ni jefe de partido—ya que él no había querido que el Partido fuese creado—sino solamente Ministro de la Guerra—el único puesto cuya dirección personal aceptara; y este hombre dirigía con mano tan firme como invisible los destinos del país, dominando a aquellos que tenían la responsabilidad oficial con solo el ascendiente irresistible de su personalidad, animándolos en cierto modo hasta con su prodigiosa intuición, forjándolos, por decirlo así, sin que ellos lo supiesen, a su propia imagen, impregnándolos de su mentalidad y, al mismo tiempo, agitando a las multitudes y haciéndolas vibrar al soplo anchamente humano de una ardiente ideología, infinitamente más poderosa y también más vibrante que cualquier estrecha doctrina codificada en fórmulas más o menos rígidas.

Y esto es precisamente lo que a muchos observadores atentos haciales pensar que, por considerable que fuese, una obra emprendida en semejantes condiciones estaba necesariamente destinada a no sobrevivir al Mariscal, ya que se cimentaba exclusivamente sobre él. Empero tal no había sido precisamente su idea. Si bien yo no hubiese podido prever que al morir Pilsudski aumentaría aún más su influencia, sí había tenido la impresión clarísima de que su obra sobreviviría a su muerte y ello precisamente porque con una clarividencia notable Pilsudski se había en cierto modo borrado voluntariamente desde en vida, obligando así a la máquina del Estado a funcionar normalmente por sí misma y dejando a cada uno, en su puesto, una libertad completa y también la responsabilidad exclusiva de las decisiones tomadas. Y no sólo esto, sino que he conocido a algunos de sus colaboradores y no por cierto de los menos destacados, que al principio de esta experiencia llegaron incluso a dolerse porque se les dejara demasiado solos y porque no conseguían que Pilsudski les diese a conocer su opinión sino hasta después de hacerlos dudar por largo tiempo, o en circunstancias, en sentir de los mismos, demasiado raras. Y, sin embargo, en esto residía en verdad el acierto de la concepción del jefe y de esta manera logró Pilsudski formar hombres que, al morir él, han sido capaces de ser directores de su propia vida. De esta manera ha sido en realidad posible la unión efectiva de las fuerzas vivas de una nación, reunidas todas para la realización de una obra constructiva dentro del cuadro nacional y no tanto alrededor de un hombre como de una idea. Se ha dicho algunas veces que Pilsudski no se rodeó más que de militares y que entregó a Polonia a la dictadura de los coroneles. En realidad, nada más inexacto. A quienes llamó fué a los hombres de guerra, a los voluntarios, a los legionarios, a los combatientes que, arrancados de sus profesiones liberales por las grandes tormentas, habían adquirido en la lucha por la independencia de su país, a lo más en unos seis años, esos altos grados con los que habían sido desmovilizados y que no hacían patentes sino las cualidades de organización que ellos habían demostrado en horas verdaderamente críticas.

Pilsudski con justicia había estimado que eran ellos los más calificados para proseguir en la paz la obra de construcción del Estado por cuya existencia se habían distinguido en los combates, así como para llevar a este nuevo y decisivo esfuerzo todo el vigor y todas las aspiraciones de su generación. Y lo que vino a constituir la fuerza real de este régimen a primera vista paradójico y des-

concertante, fue que, ya que no una creación política arbitraria y personal, vino a señalar el ascenso al poder, bajo la égida indiscutible del Mariscal, de hombres nuevos, de hombres en la fuerza de la edad, libres de los prejuicios y de los errores del pasado y que llevaban consigo la realidad viva de la nueva Polonia. Lejos de mí la idea de que se llegara a una cosa inmutable; semejante idea sería por lo demás esencialmente contraria al pensamiento ágil y vivo del Mariscal. Por el contrario, los hombres de hoy pasarán, dejarán su puesto a otros, llegarán, incluso, a producirse cambios de influencias; pero lo que perdurará en la idea que presidió la eclosión de este movimiento y que ya no dejará de inspirar las evoluciones ulteriores, asegurando, precisamente por ello, su continuidad. Y esta idea es la de un Estado polaco a cuyo servicio Pilsudski sacrificó hasta el último instante toda su vida histórica. Y en ello estriba justamente la victoria definitiva del pilsudskismo. Es por esto por lo que el gran revolucionario había querido formar, mejor y más ampliamente que un partido, "un bloque de colaboración" en torno suyo, bloque abierto, sin distinción de origen ni de tendencias, a todos aquellos que, penetrados de la ideología derivada de su acción nacional, estimaban necesario permanecer agrupados en torno a una obra común. Yo recordaré siempre las explicaciones—pues me impresionaron entonces vivamente por su claridad y sencillez—que me diera, en ocasión de una de mis visitas a Varsovia, el antiguo primer ministro Walery Salwek, quien había sido en aquel país uno de los más activos propagandistas de la concepción de este bloque gubernamental.

"Antes que nada, rechazamos todo cuanto arbitrariamente divide. Afirmamos que la oposición de principio al Gobierno, que tenía su razón de ser en la antigua Polonia, bajo la dominación extranjera, no tiene hoy ya ningún sentido, así como también que la doctrina marxista que se obstina en querer considerar unas clases en lucha contra otras, comete, según nosotros, el error fundamental de no advertir el grado de complejidad a que ha llegado la vida en su estado actual. Es falso, por ejemplo, que el obrero se opone al campesino porque reclame, al precio más bajo, pan de buena calidad. Si los productos agrícolas se venden demasiado baratos, el pueblo pierde su capacidad de comprar y, faltando los consumidores, la industria queda condenada al paro. Es absolutamente imposible considerar los pretendidos intereses de clase, no sólo contrariamente, pero ni siquiera separadamente; a tal punto ha llegado a ser profunda su interdependencia. Solamente coordi-

nando estrechamente los problemas dentro del plan nacional del Estado polaco, puede ser encontrada la solución práctica de los mismos. Y es por esto por lo que nosotros abordamos siempre las cuestiones que se plantean objetivamente, colocándonos desde un punto de vista nacional y así, englobando los intereses comunes a todos, conseguimos hacer converger hacia un mismo fin antagonismos que, en el primer momento, se presentan como irreductibles. En cada circunscripción administrativa regional, tenemos un comité constituido por los elegidos. No pretendemos enrolar a las masas. Por el contrario, preferimos que sigan enteramente libres. Nuestro esfuerzo tiende principalmente a ganar las *élites*, a impregnarlas de una clara noción del Estado. A los jefes eventuales es a quienes tratamos de afiliar a nuestras concepciones y a nuestros métodos; pues lo que queremos es la elevación de las masas al nivel de las *élites*, y no el descenso de la *élite* al nivel de las masas. Preocupados por un trabajo esencialmente positivo, combatimos enérgicamente la demagogia y el espíritu de partido que impide resolver los problemas prácticos al negarse unos a otros las mutuas y razonables concesiones que implican la única solución, obstinados en defender tesis intransigentes, inspiradas por las teorías, no por la realidad, y todo por buscar una popularidad estéril y aun perjudicial desde el punto de vista del conjunto de la comunidad”.

La ausencia, así de partido como de doctrina pilsudskista, no es cosa accidental. Tampoco constituye una anomalía, como tal vez algunos se sientan inclinados a creerlo. Ello es, por el contrario, la consecuencia necesaria y lógica de una ideología, de esa ideología a la que he tenido que referirme aquí, por decirlo así, constantemente, pues es la que hace la unidad de la vida y de las actividades del Mariscal y la única que nos descubre la significación profunda de su obra, y puede explicar la irradiación de su autoridad y de su influencia después de muerto Pilsudski.

Quisiera volver un poco sobre esa doctrina, a fin de intentar deducir de la misma ciertas tendencias muy particularmente características.

Desde luego, una cosa llama profundamente la atención en los variados escritos de este revolucionario, y es la importancia primordial que su espíritu concede siempre al aspecto psicológico de las cosas. Incluso en el estudio de las cuestiones estratégicas, hacia el cual, desde su juventud, le llevó manifestamente su genio; es, en cierto modo, a la psicología de la guerra y de las operaciones militares a la que Pilsudski otorga mayor atención.

Porque el ejército turco, aplastado por los aliados balcánicos, en la guerra de 1912, pudo rehacerse y hacerse fuerte en las líneas de Tchataldja. E inmediatamente la cuestión que preocupa a su espíritu, tendido en todas circunstancias hacia un fin único—la liberación de Polonia—es la siguiente: “¿es posible, pues, un ejército improvisado?”

Singularmente profundo desde el punto de vista psicológico, es el estudio en que busca las causas de la grandeza de la insurrección de 1863. Esta grandeza la encuentra, no en el genio de los hombres que la dirigieron, sino en la voluntad de la nación libre de toda presión exterior, en la fuerza moral irresistible de este Gobierno oscuro que nadie veía y del que el pueblo todo ignoraba hasta el lugar en que se hallara, y del que, sin embargo, un simple sello estampado sobre una orden cualquiera bastaba para recabar contribuciones y enrolar voluntarios.

Tal vez es en estas páginas donde se halla la expresión más concreta y fuerte de la convicción profunda de Pilsudski en el valor decisivo de las fuerzas morales y en la espontaneidad de la acción de los individuos por la patria y por la libertad. Es en esta espontaneidad en la que Pilsudski basó siempre todas sus esperanzas y sólo de ella esperó resultados positivos y durables. Y es por esto por lo que, si le vemos intervenir brutalmente en ciertos momentos decisivos, es, siempre, como ya lo hemos mostrado, en intervenciones esencialmente temporales... “Había yo recibido los elementos de fuerza y de mando que imponen la obediencia—exclama en un vigoroso apóstrofe, en el momento del golpe de Estado de mayo de 1926—. Y, sin embargo, yo he pasado toda mi vida junto a quienes lucharon por la democracia. No quería esclavos. Yo era hijo de la libertad y por ella, sólo por ella, he llegado a la fuerza. He tomado como tarea el resolver la antinomia entre la constrictión y la libertad, sin falsa vergüenza y prejuicios, pues yo no he podido encontrar la fuerza sin el sostén del mando”.

Tiene Pilsudski frente a sí, de modo constante, el alma nacional. Estima que ninguna reforma durable puede ser emprendida sino cuando todos se percatan de su necesidad. Y es por ello por lo que, antes que nada, es gran educador de las masas populares, a las que sabe cuándo es preciso hablarles cruda y francamente. La prensa extranjera se ha mostrado a menudo sorprendida de la violencia de sus declaraciones con respecto a los partidos y el Parlamento, en el curso de la áspera lucha que se desarrolló, particularmente de 1928 a 1930. Pero se explica esto precisamente porque se dirigía, no a intelectuales ni a la burguesía, sino

al hombre de la calle, al campesino del pueblo, a quien él quería llegar a convencer de la necesidad de un resurgimiento político que estimaba indispensable y realizable tan sólo apoyándose en la

simpatía de las masas y, consecuentemente, en la comprensión de las mismas.

(Continuará)

# LA POESIA DE LOPEZ VELARDE

P o r M A R I A I B A R G Ü E N G O I T I A

*Fragmento de la tesis que presentó la señorita María Ibarguengoitia para obtener el grado de "Maestra en Letras" en la Facultad de Filosofía y Letras.*

LOPEZ Velarde por el tiempo en que vivió, por el tiempo en que aparece su obra, deberíamos afirmar que es un "modernista"; pero antes de llegar a ésta o a otra conclusión, hagamos un recuento de las teorías expuestas aplicándolas a la poesía que nos ocupa.

Recordando los principios en que se basó el Parnaso: la teoría del arte por el arte, la perfección de la forma, la impasibilidad y la objetividad; la búsqueda objetiva de las causas; ¿podemos afirmar que nuestro poeta perteneció a ese grupo "parnasiano"?... Desde luego por aceptar los dos primeros principios sí fue un parnasiano, a pesar de su resistencia a ello, cuando declara: "La diana con que me despiertan los pájaros, me persuade de que han heredado el esmero poético, guardándose libres de las ideas módicas y del sonsonete zafio en que incurren los parnásides".

Pero López Velarde no hizo la búsqueda objetiva de las causas, no trató de explicar el por qué de sus impresiones y sensaciones, ni tampoco hay la mentida impasibilidad de un Leconte de Lisle, en sus poesías.

Según los simbolistas, no conocemos las cosas sino por nuestras sensaciones, la visión que de ellas tenemos es el símbolo de nuestro ser. La poesía, para ellos, es intuición, y el poeta no quiere más que "sugerir". Introducen "las transposiciones" y exageran la inquietud de la coloración y de la sonoridad de las frases.

¿Qué hay en los poemas "velardeanos" que nos haga pensar en una "transposición", en una aplicación de la técnica de otra de las artes,

plásticas? Hay esto: con unas cuantas pinceladas, con dos o tres toques dados maravillosamente, el poeta claro de "Sangre Devota", crea un tipo, hace surgir el suave, o el dulce o el distinguido perfil de una mujer:

"Gemía el vals por ella,  
y ella era un boceto  
lánguido: unos pendientes  
de ámbar y un jazmín  
en el pelo"...

"...Agueda era  
(luto, pupilas verdes y mejillas  
rubicundas) un cesto policromo  
de manzanas y uvas  
en el ébano de un armario añoso".

"concurres tú, agudo perfil: cabellera  
tormentosa: nuca morena: ojos fijos:  
boca flexible, ávida de lo concienzudo".

"Figura cortante y esbelta escapada  
de una asamblea de oblongos vitrales  
o de la redoma de un alquimista"...

"Muchachita que eras  
brevedad, redondez y color,  
como las esferas  
que en las rinconeras  
de una sala ortodoxa mitigan su esplendor..."

Hay aquí la técnica de un pintor que usando de sus facultades hace vivir un rostro dando tan sólo aquellos golpes que forman la personalidad a quien trata de infundir vida en su lienzo; un pintor que se complace en hacer resaltar dos o tres detalles con un contraste de colorido.

Si tratamos de encontrar un antepasado ilustre, dentro del simbolismo, que pueda apadrinar la poesía de López Velarde, y lo hemos buscado en Paul Verlaine, ¿qué hay en los poemas "velardeanos" que nos recuerde a Verlaine?

Se ha hablado del sentido religioso de los poemas de nuestro artista, un sabor de sosiego reli-